

— Contad con el desquite, dijo Juana. Monseñor, hasta luego, en Versalles.

Y se retiró, después de haber dado al cardenal la lista de los vencimientos de pago escogidos por la reina, y de los que el primero, á un mes de fecha, formaba una suma de quinientas mil libras.

CAPÍTULO XVIII.

EN QUE SE HALLA DE NUEVO AL DOCTOR LUIS.

Recordando nuestros lectores la apurada situación en que hemos dejado al señor de Charny, quizás nos agradecerán el que los conduzcamos á aquella antecámara de los pequeños aposentos de Versalles, adonde ese bravo marino á quien jamás intimidaron los hombres ni los elementos, había huido por no hallarse en presencia de tres mujeres : la reina, Andrea y madama de La Motte.

En efecto, al llegar el señor de Charny al medio de la antesala, conoció le era imposible ir más lejos, pues principió á vacilar todo su cuerpo ; y como hubiesen percibido que le faltaban las fuerzas, acudieron á su socorro.

Entonces fué cuando el joven oficial se desmayó, y al cabo de algunos instantes volvió en sí, sin sospechar que la reina le había visto, y que quizás habría acudido también á su socorro en el primer impulso de su inquietud, á no haberla detenido Andrea, mucho más por unos celos ardientes que por un frío sentimiento de decencia.

Por lo demás, al consejo dado por Andrea, fuese cualquiera el sentimiento que lo dictase, la reina obró con mucha cordura en volver á su cuarto, porque no bien se había vuelto á cerrar la puerta, cuando se oyó gritar al ujier:

— ¡El rey!

En efecto, era el rey que pasaba de sus aposentos á los terraplenes, y que, antes del consejo, quería visitar sus coches de casa, que él hallaba algo descuidados hacia algún tiempo.

Al entrar en la antecámara, el rey, que iba acompañado de algunos empleados de palacio, se paró, viendo á un hombre apoyado de espaldas contra el antepecho de una ventana, y en una posición que alarmaba á los dos guardias de cuerpo que le sostenían, y que no estaban habituados á ver desmayarse oficiales sin grave causa.

Así es que, mientras sostenían al señor de Charny, gritaban:

— Caballero, caballero, ¿qué es lo que tenéis?

Pero el enfermo carecía del uso de la palabra, y le era imposible responder.

El rey, comprendiendo por este silencio la gravedad del mal, aceleró el paso.

— Sí, sí, dijo, es alguno que se ha desmayado.

Al oír la voz del rey, los dos guardias se volvieron, y por un movimiento maquinal soltaron al señor de Charny que, sostenido por un resto de fuerza, se dejó caer en las baldosas exhalando un gemido.

— ¡Oh! ¿qué es lo que hacéis, señores? dijo el rey.

Se precipitaron á coger al señor de Charny, que había perdido enteramente el conocimiento, lo levantaron suavemente y lo sentaron en un sillón.

— ¡Oh, es el señor de Charny! exclamó de súbito el rey reconociendo al joven oficial.

— ¡El señor de Charny! repitieron los circunstantes.

— Sí, el sobrino del señor de Suffrén.

Estas palabras produjeron un efecto mágico. Al punto inundaron á Charny de aguas de olor, ni más ni menos que si se hubiese hallado en medio de diez mujeres; llegó un médico á quien habían mandado llamar, y examinó con mucha solicitud al enfermo.

El rey, á quien gustaba enterarse de todas las ciencias, y que se compadecía mucho de todos los males, no quiso alejarse, y presencié la consulta.

El primer cuidado del médico fué desabrochar la chupa y separar la camisa del joven, á fin de que le diese el aire en el pecho; pero, al hacer esta operación, halló lo que no buscaba.

— ¡Una herida! exclamó el rey redoblando su interés y acercándose para ver de sus propios ojos.

— ¡Sí, sí! murmuró el señor de Charny, procurando levantarse y mirando en torno suyo con lánguidos ojos. Es una herida antigua, que se me ha vuelto á abrir. No es nada... nada...

Y su mano apretaba de un modo imperceptible los dedos del médico.

Un médico comprende y debe comprenderlo todo. Éste no era un médico de corte, sino un cirujano de la servidumbre de Versalles, y queriendo darse importancia, replicó:

— ¡Oh! antigua... porque se os antoja decirlo, caballero; pero los labios están demasiado frescos, y la sangre demasiado encarnada: esta herida no tiene veinticuatro horas.

Charny, recobrando sus fuerzas con esta contradicción, se puso en pie, y dijo :

— No supongo, caballero, tratéis de hacerme saber el momento en que he recibido esta herida ; os digo y repito que es antigua.

En ese momento vió y reconoció al rey, y se apresuró á abotonarse el chaleco como avergonzado de haber tenido un espectador tan ilustre de su debilidad.

— ¡ El rey ! dijo.

— Sí, señor de Charny, sí ; soy yo mismo, que bendigo al cielo de haberme traído aquí para daros algún alivio.

— Es un arañazo, señor, balbuceó Charny, una herida antigua, señor, y nada más.

— Antigua ó nueva, dijo Luis XVI, la herida me ha hecho ver vuestra sangre, sangre preciosa de un esforzado caballero.

— Que con dos horas de cama recobraré su salud, añadió Charny. En esto quiso levantarse de nuevo, pero no había contado con sus fuerzas ; pues, con el cerebro cargado y las piernas vacilantes, apenas se levantó cuando cayó de nuevo en el sillón.

— Vamos, está muy enfermo, dijo el rey.

— ¡ Oh ! sí, añadió el médico con un aire astuto y diplomático que olfa á una petición de ascenso ; sin embargo, se le puede salvar.

El rey era hombre honrado ; había adivinado que Charny le ocultaba alguna cosa, pero ese secreto le era sagrado. Cualquiera otro lo habría tratado de recoger de los labios del médico que se le ofrecía con tanto obsequio ; pero Luis XVI prefirió dejar el secreto á su propietario.

— No quiero, dijo, que el señor de Charny corra ningún

riesgo volviendo á su casa. Se le cuidará en Versalles, se llamará pronto á su tío el señor de Suffrén, y cuando se haya recompensado á este señor por sus cuidados (y señalaba al oficioso médico), se irá á buscar al cirujano de mi casa, el doctor Luis. Creo que está de servicio.

Corrió un oficial á ejecutar las órdenes del rey, y otros dos cogieron á Charny y le trasladaron al extremo de la galería al cuarto del oficial de los guardias.

Esta escena pasó más pronto que la de la reina y del señor de Crosne.

Avisaron al señor de Suffrén, y se llamó al doctor Luis para reemplazar al supernumerario.

Ya conocemos á este hombre honrado, sabio al par que modesto, de una inteligencia menos brillante que útil, animoso trabajador de ese inmenso campo de la ciencia, en el que es más honrado el que recoge el grano, pero en el que no es menos digno de honra el que abre el sulco.

Detrás del cirujano, se inclinaba con solicitud sobre el enfermo el bailío de Suffrén, quien acababa de recibir por una estafeta la noticia de lo que ocurría.

El ilustre marino no comprendía nada de aquel síncope, de aquella súbita indisposición.

Luego que tomó la mano de Charny y miró sus ojos apagados :

— ¡ Es extraño ! dijo, ¡ muy extraño ! ¿ Sabéis, doctor, que mi sobrino no ha estado nunca enfermo ?

— Eso no prueba nada, señor bailío, respondió el doctor.

— Muy pesado debe ser el aire de Versalles, porque, os lo repito, he visto á Olivier en la mar durante diez años, y siempre le he hallado vigoroso y derecho como un más-til.

— Es por causa de su herida, dijo uno de los oficiales presentes.

— ¡Cómo su herida! exclamó el almirante. Olivier no ha sido herido en toda su vida.

— ¡Oh! dispensad, replicó el oficial mostrando la batista teñida de sangre, yo creía...

El señor de Suffrén vió sangre.

— ¡Está bien, está bien! replicó con una brusquería familiar el doctor, que acababa de tomar el pulso á su enfermo. No vayamos á discutir el origen del mal. Sabemos ese mal, contentémonos con esto y curémoslo si es posible.

Al bailío le gustaban los dichos sin réplica, y no había acostumbrado á los cirujanos de sus tripulaciones á suavizar sus palabras.

— ¿Es muy peligroso, doctor? preguntó con más emoción de la que quería mostrar.

— Así como una cortadura al afeitarse.

— Bien. Dad las gracias al rey, señores. Olivier, volveré á verte.

Olivier movió los ojos y los dedos, como para dar gracias á un tiempo á su tío que le dejaba y al doctor que le hacía soltar la presa.

Luego, contento con hallarse en una cama, y con verse entregado á un hombre lleno de inteligencia y dulzura, fingió que se quedaba dormido.

El doctor despidió á todos los que allí estaban.

Lo cierto es que Olivier se quedó realmente dormido, no sin haber dado gracias al cielo por todo lo que le había pasado, ó más bien por no haberle acaecido ningún mal en circunstancias tan graves.

Le había entrado calentura: la calentura, esta regene-

radora maravillosa de la humanidad, savia eterna que florece en la sangre del hombre, ejecuta los designios de Dios, es decir de la humanidad, hace germinar la salud en el enfermo, ó arrebató el vivo en medio de su salud.

Cuando Olivier hubo rumiado bien, con ese ardor de los calenturientos, su escena con Felipe, su escena con la reina y su escena con el rey, cayó en ese círculo terrible que la sangre encendida tiende como una red sobre la inteligencia... principió á delirar.

Al cabo de tres horas, se le habría podido oír desde la galería donde se paseaban algunos guardias; notado lo cual por el doctor, llamó éste á su lacayo y le mandó coger á Olivier en sus brazos. Olivier dió algunos gritos lastimeros.

— Envuélvele la cabeza en la manta.

— ¿Y qué he de hacer de él? dijo el lacayo. Pesa mucho y se defiende demasiado. Voy á pedir á uno de los dos señores guardias que me ayude.

— Sois un gallina, que tenéis miedo á los enfermos, dijo el viejo doctor.

— Señor...

— Y si lo halláis demasiado pesado, es porque no sois tan fuerte como yo creía. De consiguiente tendré que enviaros á la Auvernia.

Esta amenaza produjo su efecto: Charny gritando, aullando, delirando y gesticulando, fué arrebatado como una pluma por el auverniano en presencia de los guardias de corps.

Estos rodeaban y hacían mil preguntas al doctor Luis

— Señores, dijo el doctor gritando más alto que Charny para cubrir los gritos de éste, ya conoceréis que no he de ir á andarme una legua á cada instante para visitar este

enfermo que el rey me ha confiado. Vuestra galería está a fin del mundo.

— ¿Entonces adónde le lleváis, doctor?

— Á mi casa, como un perezoso que soy. Ya sabéis que tengo aquí dos cuartos; le acostaré en uno de ellos, y pasado mañana, si nadie se mezcla de él, ya os daré cuenta de su salud.

— Pero, doctor, dijo el oficial, os aseguro que el enfermo habría estado muy bien aquí, porque todos nosotros amamos al señor de Suffrén, y...

— Sí, sí; conozco bien esos cuidados de camarada á camarada. Si el enfermo tiene sed, se le complace, se le da de beber, y se muere. Al diablo doy yo los buenos cuidados de los señores guardias, que ya me han matado con ellos diez enfermos.

El doctor seguía aun hablando, cuando Olivier no podía ya ser oído.

— ¡No faltaba más! prosiguió el digno médico; está muy bien hecho, poderosamente razonado: solo hay un inconveniente, y es que el rey querrá ver al enfermo.. y si le ve.. le oirá... ¡Diablo! no hay que vacilar. Voy á avisar á la reina, y ella me dará un consejo.

Tomada esta resolución por el buen doctor con esa prontitud propia del hombre á quien la naturaleza cuenta los segundos, inundó de agua fresca la cara del herido; le colocó en una cama de manera que no se hiciese mal dando vueltas ó cayendo; echó un candado á las ventanas, cerró con llave la puerta, y, metida la llave en el bolsillo, corrió al cuarto de la reina después de asegurarse, escuchando desde afuera que no podía oirse ó entenderse un solo grito de Olivier.

No hay necesidad de decir que, para mayor precaución, quedaba el auverniano encerrado con el enfermo.

Halló precisamente á la puerta á madama de Misery, á quien enviaba la reina á saber el estado del enfermo, y que insistía en entrar.

— Venid, venid, señora, pues tengo que salir, dijo el doctor.

— Pero, doctor, la reina queda aguardando.

— Voy al cuarto de la reina, señora.

— La reina desea...

— La reina sabrá todo cuanto desea saber: yo os respondo de ello, señora. Vamos.

Y se manejó tan bien, que forzó á la dama de María Antonieta á correr para llegar al mismo tiempo que él.

CAPÍTULO XIX.

EGRI SOMNIA.

La reina aguardaba la respuesta de madama de Misery, pero no al médico.

Este entró con su familiaridad de costumbre, y dijo en alta voz :

— Señora, el enfermo por quien se interesan el rey y Vuestra Majestad, va tan bien como acostumbra ir el que tiene calentura.

La reina conocía bien al doctor, y sabía el horror que éste tenía á los que dan gritos terribles cuando sienten algún dolorcillo.

Se figuró pues que el señor de Charny había exagerado algo su indisposición. Las mujeres fuertes están dispuestas á hallar débiles á los hombres fuertes.

— El herido, dijo, es un herido de chanza.

— ¡ Eh ! eh ! exclamó el doctor.

— Un arañazo...

— ¡ Oh ! no, señora, no : en fin, arañazos ó herida, lo que sé es que tiene calentura.

— ¡ Pobre joven ! ¿ Y tiene una calentura bastante fuerte ?

— Terrible.

— ¡ Bah ! dijo la reina con espanto ; no creía yo que... de ese modo... en seguida... la calentura...

El doctor miró un momento á la reina.

— Hay calentura y calentura, replicó.

— Mi querido Luis, mirad, me llenáis de espanto. Yo no sé verdaderamente lo que tenéis esta noche, cuando acostumbráis hacer siempre tan buenos pronósticos.

— No tengo nada extraordinario.

— Pero ¿ qué hacéis ? Volvéis la cara, miráis á derecha é izquierda, como se quisierais confiarme un importante secreto.

— ¿ Y quién lo niega ?

— Ya estáis viendo ; ¡ un secreto con motivo de la calentura !

— Sin duda.

— ¿ De la calentura del señor de Charny ?

— Ciertamente.

— ¿ Y venís á verme por causa de ese secreto ?

— Así es.

— Pronto ; al hecho ! Ya sabéis que soy curiosa. Vamos, principiemos por el principio.

— Como Juanillo, ¿ no es verdad ?

— Si, querido doctor.

— Pues bien ; señora...

— Y bien, aguardo vuestra relación, doctor.

— No, soy yo el que aguarda.

— ¿ Á qué ?

— Á que me preguntéis, señora. Yo no soy un buen narrador, pero si me hacen preguntas, respondo como un libro.

— Pues bien ; os he preguntado cómo va la calentura del señor de Charny.

— No, ese es mal principio. Preguntadme primero, cómo es que el señor de Charny está en uno de mis cuartitos, en vez de estar en la galería ó en el cuarto del oficial de guardias.

— Bien ; os lo pregunto en efecto. Eso es extraño.

— Y bien, señora : no he querido dejar al señor de Charny en esa galería, ó en ese cuarto si queréis, porque el señor de Charny no es un calenturiento ordinario.

La reina hizo un gesto de sorpresa.

— ¿ Qué queréis decir ?

— El señor de Charny, cuando tiene calentura, delira en seguida.

— ¡ Oh ! exclamó la reina juntando las manos.

— Y cuando delira, prosiguió Luis acercándose á la reina, el pobre joven dice una multitud de cosas sumamente delicadas para que las oigan los señores guardias del rey ó cualquiera otra persona.

— ¡ Doctor !

— ¡ Diantre ! si no queráis que yo respondiese, no debíais preguntarme.

— Proseguid, proseguid, querido doctor.

Y la reina cogió la mano del buen médico.

— Ese joven es quizás un ateo, y, en su delirio, blasfema.

— No, no ; al contrario, tiene una religión muy profunda.

— ¿ Quizás habrá exaltación en sus ideas ?

— Exaltación, eso es justamente.

La reina arregló su semblante, y recobrando esa soberbia sangre fría que acompaña siempre á los actos de los príncipes habituados al respeto de los otros y á la estimación de sí mismos, facultad indispensable á los grandes de la tierra para dominar y no hacerse traición :

— El señor de Charny, dijo, me está recomendado ; es sobrino del señor de Suffrén nuestro héroe ; me ha hecho servicios, y quiero ser respecto de él como una parienta, una amiga. Decidme, pues, la verdad, pues debo y quiero oirla.

— Pero yo no puedo decíroslo, replicó Luis ; y puesto que Vuestra Majestad tiene tanto interés en saberla, sólo conozco un medio, y es que Vuestra Majestad oiga por sí misma. De este modo, si ese joven dice alguna cosa indebida, la reina no reconvendrá al indiscreto que haya dejado penetrar el secreto, ni al imprudente que lo haya ahogado.

— ¡ Me agrada vuestra amistad ! exclamó la reina ; y puesto que el señor de Charny dice cosas extrañas en su delirio...

— Dice cosas que urge oiga Vuestra Majestad para apreciarlas, dijo el buen doctor.

Y tomó suavemente la mano temblorosa de la reina.

— ¡ Pero primeramente tened cuidado ! exclamó la reina ; porque no doy aquí un paso sin tener algún caritativo espía á mis espaldas.

— Esta noche sólo me tendréis á mí. Se trata de atravesar mi corredor que tiene una puerta en cada extremo. Cerraré aquella por donde entremos, y nadie nos podrá espiar, señora.

— Me entrego á mi querido doctor, dijo la reina.

Y tomando el brazo de Luis, se deslizó fuera del aposento palpitando de curiosidad.

El doctor cumplió su promesa. Jamás rey alguno, marchando al combate ó haciendo un reconocimiento en una ciudad de guerra; jamás reina, escoltada en una aventura, fué alumbrada más vulgarmente por un capitán de guardias ó por un oficial de palacio.

El doctor cerró la primera puerta, aproximóse á la segunda, y aplicó á ella el oído.

— Y bien, dijo la reina, ¿es ahí donde está el enfermo?

— No, señora; está en la segunda pieza. ¡Oh! si estuviese en ésta, le habríais oído desde el extremo del corredor. Escuchad ya desde esta puerta.

En efecto, se oía el murmullo inarticulado de algunas quejas.

— Está gimiendo; sin duda sufre, doctor.

— No, nada de eso; no gime. Está hablando con mucha claridad. Mirad, voy á abrir esta puerta.

— ¡Pero yo no quiero entrar hasta su lado! exclamó la reina reculando.

— Tampoco os lo propongo, dijo el doctor. Sólo os hablo de entrar en el primer cuarto, y desde allí, sin temor de ser vista ó de ver, oiréis todo lo que se diga en el cuarto del herido.

— Todos estos misterios y estas precauciones me causan miedo, murmuró la reina.

— ¿Qué será, pues, cuando hayáis oído? replicó el doctor.

Y entró solo hasta la cama de Charny.

Éste, vestido con sus calzones de uniforme, cuyas hebillas había soltado el buen doctor, mostrando una pierna nerviosa y fina con unas medias de seda con espirales de

ópalo y nácar, con los brazos extendidos y tiesos como los de un cadáver en las mangas de batista arrugada, trataba de levantar sobre la almohada su cabeza más pesada que si fuese de plomo.

Su frente estaba bañada de un sudor ardiente que pegaba á sus mejillas los bucles deshechos de su cabellera.

Abatido, quebrantado é incierto, no era más que un pensamiento, un sentimiento, un reflejo; su cuerpo no vivía más que sobre aquella llama, siempre animada é irritadora en su cerebro, como el pábilo en la lamparilla de alabastro. Y no se tenga esta por una comparación vaga, porque esta llama, única existencia de Charny, iluminaba fantásticamente y de una manera suave ciertos detalles que la memoria sola no habría traducido en largos poemas.

Charny se hallaba á la sazón refiriéndose á sí mismo su entrevista en el fiacre, desde París á Versalles, con la señora alemana encontrada casualmente.

— ¡Alemana, alemana! repetía.

— Sí, alemana, lo sabemos ya, dijo el doctor, camino de Versalles.

— ¡Reina de Francia! exclamó de súbito.

— ¡Eh! exclamó Luis mirando al cuarto donde estaba la reina, ¡Nada más que eso! ¿Qué os parece, señora?

— ¡Eso es espantoso! murmuró Charny; porque es amar á un ángel, á una mujer, amarla locamente, dar su vida por ella, y no tener á la vista más que una reina de terciopelo y oro, un metal ó una tela, y no un corazón!

— ¡Oh! exclamó el doctor con una risa forzada.

Charny no hizo caso de la interrupción.

— Yo amaría, prosiguió, á una mujer casada. La amaría con ese amor salvaje que hace olvidar todo. ¡Y bien!..

le diría á esa mujer: aun nos quedan algunos días hermosos en esta tierra; los que nos esperan fuera del amor ¿valdrán tanto como estos días? Ven, adorada mía, mientras que tú me ames y yo te ame á ti, gozaremos de la vida de los ángeles. Después... ¡y bien! después ¿qué? tendremos la muerte, esto es, la vida que tenemos ahora.

Así pues merezcamos los dones del amor.

— ¡No tan mal razonado para un calenturiento! murmuró el doctor; á pesar de que esa moral no es de las más rígidas.

— ¡Pero sus hijos!... exclamó de súbito Charny con voz colérica. ¡Ella no abandonará á sus dos hijos!

— He ahí el obstáculo, *hic nodus*, dijo Luis limpiando el sudor de la frente de Charny con una mezcla de caridad y de burla.

— ¡Oh! repuso el joven insensible á todo, ¡hijos! Esos se llevarían fácilmente envueltos en una capa de camino... ¡hijos!...

— Vamos, Charny, puesto que te llevas en tus brazos á la madre, cual si fuera tan ligera como una pluma de tortola: ya que la levantas sin sentir más que un estremecimiento de amor en vez de una carga, ¿no podrías llevarte también los hijos de María?... ¡Ah!...

Y dió un grito terrible.

— Los hijos de un rey son cosa de tanto peso, que se sentiría su vacío en la mitad del mundo.

Luis se separó del enfermo y se aproximó á la reina, á quien halló en pie, fría y temblando. Le cogió la mano, y vió que también ella tenía calentura.

— Razón tenéis, dijo la reina. Es más que delirio; ese joven corre un peligro verdadero si le oyen.

— ¡Escuchad, escuchad! prosiguió el doctor.

— No, ni una palabra más.

— Se va calmando. Oíd, ahora está orando.

En efecto, Charny acababa de incorporarse, y juntando las manos fijando sus ojos pasmados en el vago y quimérico infinito.

— ¡María! dijo con vibrante y dulce voz. ¡María! he conocido bien que me amabais. ¡Oh! no lo revelaré á nadie. Vuestro pie, María, ha tocado al mío en el fiacre, y he sentido que memoria... Vuestra mano ha descendido sobre la mía... aquí... aquí... pero no diré nada... María, por más sangre que salga de mi herida, no saldrá con ella mi secreto.

Mi enemigo ha teñido su espada con mi sangre; pero si ha traslucido algo de mi secreto, nada sabe del vuestro. Así, no temáis nada, María; no me digáis siquiera que me amáis; es inútil; puesto que os ruborizáis, no necesitáis hacerme saber nada.

— ¡Oh, oh! exclamó el doctor. Ahora ya no tiene sólo calentura; ved qué tranquilo está... tiene...

— ¿Qué? preguntó la reina con inquietud.

— Un éxtasis, señora; el éxtasis se parece á la memoria. Es en efecto la memoria de un alma cuando se acuerda del cielo.

— He oído bastante, murmuró la reina tan turbada que trató de huir.

El doctor la detuvo vivamente por la mano, diciéndole:

— ¡Señora, señora! ¿qué queréis hacer?

— Nada, doctor, nada.

— Pero si el rey quiere ver á su protegido.

— ¡Ah! sí; sería una desgracia.

— ¿Qué le diré?

— Doctor, no se me ocurre una idea, ni una palabra ; este atroz espectáculo me ha embargado las facultades.

— Y vosle habéis embargado la fiebre á este extático, dijo en voz baja el doctor ; hay aquí cien pulsaciones á lo menos.

La reina no respondió, desprendió su mano y desapareció.

CAPÍTULO XX.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE LA AUTOPSIA DEL CORAZÓN
ES MÁS DIFÍCIL QUE LA DEL CUERPO.

El doctor se quedó pensativo, viendo alejarse la reina.

Luego dijo para sí, agitando la cabeza :

— En este palacio hay misterios que no son del ramo de la ciencia. Contra los unos, me armo de la lanceta y rompo la vena para curarlos ; contra los otros me armo de la reconvencción, y les abro el corazón ; ¿ podré curarlos ?

Pasado el acceso, cerró los ojos de Charny que habían quedado abiertos y espantados, le refrescó las sienes con agua y vinagre y tomó todas las precauciones para convertir la abrasada atmósfera del enfermo en un paraíso de delicias.

Entonces, viendo que las facciones del herido recobran la calma, observando que sus sollozos se iban convirtiendo poco á poco en suspiros, y que de su boca se escapaban sílabas vagas en lugar de furiosas palabras, dijo :

— Sí, sí; no sólo había simpatía, sino también influencia; el delirio se había declarado como para salir al encuentro de la visita que el enfermo ha recibido; sí, los átomos humanos mudan de lugar como en el reino vegetal el polvo fecundante; sí, el pensamiento tiene comunicaciones invisibles; los corazones tienen relaciones secretas.

De repente, se estremeció y dió una media vuelta para escuchar y ver al mismo tiempo.

— Veamos qué es lo que hay aun ahí, murmuró.

En efecto, acababa de oír como un murmullo ó un roce de vestido de mujer en el extremo del corredor.

— Es imposible que sea la reina, murmuró; porque no sería capaz de revocar una resolución que parecía invariable. Veamos.

Y fué despacito á abrir otra puerta que daba también al corredor, y asomando la cabeza vió á dos pasos de sí una mujer con un vestido largo de pliegues inmóviles, y semejante á la fría é inerte estatua de la desesperación.

Era noche, y la débil luz colocada en el corredor no podía alumbrarlo de un extremo á otro; pero por una ventana penetraba un rayo de luna que caía sobre ella y la hacía visible, hasta el momento en que se interpuso una nube entre ella y el rayo de la luna.

El doctor volvió á entrar despacito, anduvo el espacio que mediaba entre ambas puertas; luego abrió sin ruido, pero rápidamente, la puerta tras de la que se ocultaba aquella mujer. Ésta lanzó un grito, extendió las manos, y encontró las del doctor Luis.

— ¿Quién anda aquí? preguntó éste con una voz más compasiva que amenazadora; porque, por la inmovilidad de aquella sombra, adivinaba que escuchaba aun más con el corazón que con el oído.

— Yo, doctor, yo, respondí una voz dulce y triste.

Aunque esta voz no era desconocida para el doctor, no despertó en él más que un recuerdo vago y lejano.

— Yo, Andrea de Taverney, doctor.

— ¡Ah, Dios mío! ¿qué es lo que sucede? ¿por ventura ella se halla indispuesta? dijo el doctor.

— ¡Ella! exclamó Andrea, ¡ella! Pero ¿quién es ella?

El doctor conoció que acababa de cometer una imprudencia.

— Perdonad, acaba de alejarse una mujer; ¿quizás erais vos?

— ¡Ah! sí, ya lo presumía, dijo Andrea; ha venido aquí una mujer antes que yo, ¿no es verdad?

Y Andrea pronunció estas palabras con una ardiente curiosidad que no dejó ninguna duda al doctor sobre el sentimiento que las había dictado.

— Querida hija mía, dijo el doctor, parece que estamos jugando á los despropósitos; ¿de quién me estáis hablando? ¿qué me queréis? Explicaos.

— Doctor, mi buen doctor, repuso Andrea con una voz tan triste que penetró hasta el fondo del corazón de aquel á quien interrogaba, no tratéis de engañarme; vos que estáis acostumbrado á decir la verdad, confesad que hace un momento estaba aquí una mujer; confesádmelo, pues la he visto yo misma.

— ¡Eh! ¿quién os dice que no ha venido nadie?

— Sí; pero, ¡era una mujer; una mujer, doctor!

— Sin duda era una mujer; á menos que queráis sostener que una mujer no lo es más que hasta la edad de cuarenta años.

— ¿La que ha venido tenía cuarenta años, doctor? ¡Ah! exclamó Andrea respirando por la primera vez.

— Cuando digo cuarenta, le perdono aun cinco ó seis largos años ; pero hay que ser galante con las amigas, y madama de Misery es una amiga mía, y de las buenas.

— ¿ Madama de Misery ?

— Sin duda.

— ¿ Y es ella la que ha venido ?

— ¿ Y por qué diablos no os lo diría si fuese otra ?

— ¡ Oh ! es que...

— Vamos, las mujeres todas son unas, inexplicables : sin embargo yo tenía la pretensión de conoceros á vos particularmente ; pero ahora veo que no os conozco más que á las demás. Esto es capaz de volver á uno loco.

— ¡ Bondadoso y querido doctor !

— Basta, basta. Vamos al negocio.

Andrea le miró con inquietud.

— ¿ Por ventura se halla peor ?

— ¿ Quién ?

— ¡ Pardiez ! la reina.

— ¡ La reina !

— Sí, la reina, para quien acaba de llamarme madama de Misery ; la reina, que tiene sus sofocaciones y sus palpitaciones. Triste enfermedad, querida señorita, una enfermedad incurable. Decidme, pues, cómo sigue, si venís de su parte, y corramos á verla.

Y el doctor Luis hizo un movimiento que indicaba su intención de dejar el puesto donde se hallaba.

Pero Andrea le detuvo suavemente, y respirando con más desahogo, dijo :

— No, querido doctor ; no vengo de parte de la reina. Hasta ignoraba que estuviese indispueta. ¡ Pobre reina ! Si yo lo hubiese sabido.. Perdonad, doctor, no sé ya lo que digo.

— Demasiado lo veo.

— No sólo no sé ya lo que digo, sino que no sé lo que hago.

— ¡ Oh ! lo que hacéis, eso lo sé yo : os halláis indispueta.

Y en efecto, Andrea había soltado el brazo del doctor ; su mano fría volvía á caer á lo largo del cuerpo, y Andrea se inclinaba lívida y yerta.

El doctor la enderezó, y la reanimó. Entonces Andrea hizo un violento esfuerzo sobre sí : esa alma vigorosa, que jamás se había dejado abatir ni por el dolor físico ni por el moral, tendió sus resortes de acero.

— Doctor, dijo, sabéis que padezco de los nervios, y que la obscuridad me causa espantosos terrores. Me he extraviado en la obscuridad, y he ahí la causa del estado en que me hallo.

— ¿ Y por qué diablos os exponéis á la obscuridad ? ¿ quién os fuerza á ello, puesto que ninguno os enviaba aquí, y que nada os traía ?

— Yo no he dicho *nada*, doctor, he dicho *nadie*.

— ¡ Ah, ah ! nos venimos con sutilezas, querida enferma ; para eso estamos mal aquí. Vamos á otra parte, especialmente si tenéis para largo tiempo.

— No os pido más que diez minutos, doctor.

— ¡ Diez minutos ! acordado, pero no en pie, porque mis piernas se niegan positivamente á este modo de diálogo ; vamos á sentarnos.

— ¿ En dónde ?

— En la banqueta del corredor, si gustáis.

— ¿ Y creéis que nadie nos oirá allí, doctor ? preguntó Andrea espantada.

— Nadie.

— ¿ Ni aun el herido que está ahí ? prosiguió Andrea con

el mismo tono, indicando al doctor aquel cuarto alumbrado por un suave reflejo azulado, en que ella sumergía sus miradas.

— No, respondió el doctor, ni aun ese pobre muchacho: y puedo añadir, que si alguno pudiese oírnos, no sería seguramente él.

— ¡Dios mío! ¡Conque tan malo está!

— Lo cierto es que no está nada bueno. Pero, ¡pronto, pronto, hija mía! hablemos de lo que aquí os trae.

— ¡Y bien, doctor! dijo Andrea exhalando un suspiro: me parece que estamos hablando de ello.

— ¡Cómo! ¿del señor de Charny?

— Se trata de él, doctor; y venía á preguntaros el estado de su salud.

El doctor acogió con silencio glacial estas palabras, á pesar de que las había previsto. En efecto, en ese momento comparaba el doctor el paso que daba Andrea con el dado por la reina; veía á estas dos mujeres impelidas por un mismo sentimiento, y en sus síntomas creía reconocer que este sentimiento era un violento amor.

Andrea, que ignoraba la visita de la reina y no podía leer en el alma del doctor lo que ésta encerraba de triste benevolencia y de misericordiosa compasión, tomó el silencio del doctor por una censura, quizás formulada con alguna dureza, y se enderezó, como de costumbre, bajo esa presión á pesar de ser enteramente muda.

— Me parece, doctor, que podéis disculpar este paso de mi parte, dijo; porque el señor de Charny está enfermo de una herida recibida en un duelo, y esa herida se la hecho mi hermano.

— ¡Vuestro hermano! exclamó el doctor Luis: ¿Fué Felipe de Taverny el que hirió á Charny?

— Sin duda.

— ¡Oh! yo ignoraba esa circunstancia.

— Pero ahora que la sabéis, ¿no conocéis que debo informarme del estado de su salud?

— ¡Oh! sí, hija mía, dijo el bondadoso doctor, encantado de hallar una ocasión de ser indulgente. Yo ignoraba y no podía adivinar la verdadera causa.

Y acentuó estas últimas palabras de un modo que probase á Andrea que él no adoptaba sus conclusiones, sino bajo todas las reservas.

— Vamos, doctor; decid claramente todo vuestro pensamiento, dijo Andrea apoyándose con ambas manos en el brazo de su interlocutor y mirándole á la cara.

— Ya lo he dicho. ¿Á qué vendría el hacer restricciones mentales?

— Un duelo entre caballeros es una cosa común, un acontecimiento que se ve todos los días.

— Lo único que podría dar importancia á ese duelo, sería el que nuestros dos jovenes se hubiesen batido por una mujer.

— ¿Por una mujer, doctor?

— Sí; por ejemplo, por vos.

— ¡Por mí! exclamó Andrea exhalando un profundo suspiro. No, doctor, no soy yo por quien se ha batido el señor de Charny.

El doctor pareció contentarse con la respuesta; pero de un modo ó de otro, quiso tener la explicación del suspiro.

— Entonces ya comprendo, dijo; os ha enviado vuestro hermano para tener un boletín exacto de la salud del herido.

— ¡Sí, es mi hermano! ¡Sí, doctor! exclamó Andrea.

El doctor miró á su vez á la cara de Andrea.

— ¡ Oh! alma inflexible, yo sabré lo que encierras en el corazón, murmuró para sí; luego añadió en voz alta:

— Entonces bien; voy á deciros toda la verdad, como debe decirse á toda persona interesada en conocerla. Contádsela á vuestro hermano, y que en vista de ella tome sus disposiciones... porque ya comprendéis.

— No, doctor, porque deseo saber lo que entendéis por esas palabras: y que en vista de ella tome sus disposiciones.

— He aquí lo que quiero decir: Un duelo, aun en estos tiempos, no es cosa agradable al rey: y aunque es verdad que el rey no hace observar los edictos sobre los duelos, cuando uno de estos hace escándalo, S. M. destierra ó encarcela.

— Cierto es, doctor.

— Y cuando, por desgracia, hay muerte de hombres; oh! entonces el rey es implacable. Pues bien; aconsejad á vuestro querido hermano que se ponga á salvo por cierto tiempo.

— ¡ Doctor, doctor! exclamó Andrea. ¿ Conque tan malo está el señor de Charny?

— Escuchad, querida señorita; os he prometido la verdad, y voy á deciroslo: ¿ Veis ese pobre muchacho que está durmiendo allá abajo, ó más bien en ese cuarto?

— Sí, doctor, respondió Andrea con voz sofocada, ¿ y qué?

— Si mañana á estas horas no está salvado, si la calentura que acaba de declararse y le devora no ha cesado, el señor de Charny, mañana á esta misma hora, será un cadáver.

Andrea sintió que iba á lanzar un grito; pero se oprimió la garganta, y se clavó las uñas en sus carnes, para apagar

en el dolor físico un poco de la angustia que le desgarraba el corazón.

Luis no pudo ver en su semblante el terrible estrago producido por esta lucha.

Andrea parecía una espartana.

— Mi hermano no huirá, dijo; ha combatido al señor de Charny como hombre de valor; si ha tenido la desgracia de herirle, fué defendiéndose; y si le ha matado, Dios lo juzgará.

— No ha venido por su propia cuenta, dijo para sí el doctor; de consiguiente venía de parte de la reina. Veamos si S. M. ha llevado la ligereza hasta ese punto.

— ¿ Cómo ha mirado la reina ese duelo? preguntó.

— ¿ La reina? yo no lo sé, replicó Andrea. ¿ Qué le importa á la reina?

— Pues yo suponía que S. M. miraba con benevolencia al señor de Taverny.

— Pues bien; mi hermano está á salvo; esperemos que S. M. defenderá ella misma á mi hermano si le acusan.

Luis, derrotado en ambas partes de su doble hipótesis, abandonó la partida.

— Yo no soy un fisiologista, dijo, no soy más que un cirujano. ¿ Por qué diablos, cuando tan bien conozco el juego de los músculos y los nervios, voy á meterme en el juego de los caprichos y las pasiones de las mujeres?

— Señorita, ya sabéis lo que deseabais, añadió en voz alta: Haced que vuestro hermano huya ó que se quede, pues es cosa que os concierne. En cuanto á mí, mi deber es tratar de salvar al herido... esta noche; porque, de lo contrario, la muerte, que continúa tranquilamente su obra, me lo arrebatría en veinticuatro horas. ¡ Adiós!

Y le cerró la puerta suavemente, pero sin más preámbulos. Andrea pasó por su frente una mano convulsiva, viéndose sola con aquella espantosa realidad. Parecióle que la muerte, de que con tanta frialdad acababa de hablar el doctor, descendía ya sobre aquel cuarto y pasaba con un blanco sudario por aquel corredor obscuro.

El viento de la fúnebre aparición heló sus miembros, huyó á su aposento, encerróse bajo llave, y cayendo de rodillas sobre el tapiz de su cama, exclamó con energía salvaje, y derramando un torrente de abrasadas lágrimas :

— ¡Dios mío, Dios mío ! ¡ Vos no sois injusto, no sois insensato ! ¡ Vos no sois cruel, Dios mío ! ¡ Sois omnipotente, y no dejaréis morir ese joven que no ha hecho ningún mal, y que es amado en este mundo ! ¡ Dios mío ! nosotros, los pobres humanos, no creemos verdaderamente más que en el poder de vuestra cólera. Pero ¡ yo !... ¡ yo !... que os imploro, he pasado por bastantes pruebas en este mundo, he sufrido bastante sin haber cometido ningún crimen !

¡ Y bien, jamás me he quejado, ni aún á vos ! jamás he dudado de vos. Si hoy, que os suplico ; si hoy, que os conjuro ; si hoy, que pido, que quiero la vida de un joven... si hoy me rehusaseis esta gracia, ¡ oh, Dios mío ! diría que habéis abusado contra mí de todas vuestras fuerzas, y que sois un Dios de ira sombría, de venganzas desconocidas ; diría... ¡ Oh ! yo blasfemo... ¡ Perdón, Dios mío ! ¡ yo blasfemo !... y vos no me castigáis !... ¡ Perdón, perdón ! Sois verdaderamente el Dios de clemencia y de misericordia !...

Andrea sintió empañarse su vista ; que sus músculos flaqueaban ; cayó inanimada y con los cabellos esparcidos, y quedó como un cadáver sobre el pavimento.

Cuando despertó de aquel frío sueño, y se agolpó todo á su mente, fantasmas y dolores :

— ¡ Dios mío ! murmuró con siniestro acento : ¡ Vos habéis sido misericordioso ; me habéis castigado... yo le amo !... ¡ Oh, sí, yo le amo ! Es bastante ; ¿ no es verdad ? Ahora ¿ me le mataréis ?

FIN DE LA TERCERA PARTE.